El amigo que piensa distinto

Jordi Nadal



En 1946, Gershom Scholem escribió a Hannah Arendt una carta furiosa: la acusaba de traicionar a su pueblo, el judío. Ella le contestó punto por punto, sin ceder. Pero al final le pidió algo que hoy suena casi heroico: que la discusión no se llevara por delante su amistad. "Un ser humano vale mucho más que sus opiniones", escribió.

Lo recuerda Roger Berkowitz en un artículo maravilloso en el *Financial Times*. La amistad, dice, no consiste en estar de acuerdo, sino en seguir hablando. Aristóteles lo llamó *amistad cívica*: la ciudad no se sostiene sobre una verdad única, sino sobre gente distinta que se reconoce como conciudadana.

Vivimos lo contrario. Tenemos la piel muy fina. Ya no discutimos con quienes votan otra cosa: dejamos de verlos. Hemos perdido el centro, si por centro entendemos la capacidad de convivir, nombrar y conversar con lo distinto. Y, cuando hablamos, lo hacemos con papel de fumar o con el lanzallamas. Necesitamos bomberos, no escuelas de pirómanos.

Berkowitz advierte de otra trampa: presentar nuestras opiniones como si los hechos ya las hubieran dictado. Pero si los hechos sirven para cimentar lo que pensamos, deben servir también para dudar de ello.

Arendt rompió con amigos que se hicieron nazis. La amistad tiene límites, por supuesto, y estos empiezan con quien niega a otros su lugar en el mundo. Pero casi nadie con quien discrepamos está ahí. Expulsar a quien nos incomoda puede parecer claridad moral, pero conlleva el riesgo de ceder a la pereza de entender lo distinto. Convivir exige comprender, algo mucho más difícil que tolerar, porque tolerar conlleva una forma bienintencionada de sentirse superior. Comprender no es absolver: es lo que nos permite juzgar con fundamento.

Fanático es quien no quiere cambiar ni de tema ni de opinión. Lo contrario no es el tibio, sino quien cree lo bastante en sí mismo como para escuchar sin miedo. Es difícil. La inseguridad, a veces, exige una unanimidad excesiva. Scott Fitzgerald veía la inteligencia de primer orden en sostener dos ideas opuestas a la vez sin dejar de funcionar. Leemos y conversamos para ser más firmes, pero más comprensivos.

El pensador inglés Theodore Zeldin me contó que escuchó durante una hora, sin interrumpir, a un líder chií muy enfadado. Al final, el hombre sonrió: nadie le había escuchado nunca tanto tiempo. Escuchar no es dar la razón: es conceder la dignidad del otro, sin la que no hay conversación posible. Tal vez toque llamar a ese amigo con quien hace meses que no hablamos porque piensa distinto. No para convencerle. Para recordarle que vale más que sus opiniones. Y nosotros, más que las nuestras.●